

De la diversidad cultural a la unión plural(1)

'Eropae novi cives'

Celso Almuíña

Catedrático Historia Contemporánea.

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Valladolid.

Miembro del Comité Científico "Fondation Internationale pour une Histoire de la Civilisation Européenne"

Los nacionalismos son el problema.

La solución Unión Europea(2).

I DE LA PLURALIDAD A LA UNIDAD

Cuando nos hallamos frente a multitud de cambios y retos, que el nuevo milenio nos está ya planteando, uno de los más apasionantes es la construcción de una Europa Unida. Máxime cuando se parte de la aparente contradicción o antinomia que supone arrancar de la pluralidad cultural e histórica para desembocar en la unión, la cual debe ser mucho más que mera yuxtaposición, pero que, al mismo tiempo, respete la pluralidad de las distintas piezas que han compuesto históricamente el rico mosaico europeo.

La dificultad de partida se viene a complicar aun más con la dialéctica interna planteada en la mayoría del espacio europeo en cuanto a la vía a seguir: naciones o nacionalismos (regiones); esto es, Europa de las Naciones o Europa de los Pueblos. Nacionalismos que, al menos en un primer momento, conllevan una gran carga disgregadora, en cuanto tratan de sustituir a los clásicos estados-naciones, para lo cual es preciso desmontar previamente a éstos; para emprender, en un segundo momento, la gran construcción de la Europa de los Pueblos.

En verdad nadie parece disentir del gran proyecto unitario; pero el problema se plantea en cuanto consideramos que el camino propuesto es divergente y la entidad resultante (supranaciona-

lidad) también va a ser distinta. En cuanto al camino, no debemos olvidar que hasta el presente han sido los estados-nación los protagonistas. Se trataría, pues, de clarificar si los principales constructores siguen siendo los mismos, o por el contrario deberían pasar la antorcha a las regiones, como reclaman algunas de éstas.

Así, uno de los dilemas que la Unión Europea tendrá que tratar de solucionar en un futuro no lejano, es el de las vías a seguir: bien la 'clásica' (Tratado de Roma) bien la nacionalista (regiones) o, si ello fuese posible, encontrar una tercera vía que pueda conceder cierta participación a éstas últimas sin suplantarse a aquéllas. Planteamiento que, aparte de otras muchas implicaciones internas (para los respectivos estados-nación) y externas (construcción europea), nos pone ante la cuestión básica no sólo de respeto a la pluralidad cultural, sino también que plantea la necesidad de seleccionar cuidadosamente la metodología a seguir.

Tal vez sería conveniente no olvidar el gran debate que, a escala planetaria, se está desarrollando en este fin de siglo entre estados-nación y regio-nacionalismos. Los primeros, los estados-nación, ciertamente se han quedado obsoletos en muchos aspectos, pero ello no quiere decir que se encuentren en trance agónico, ni muchos menos que no sigan teniendo un papel protagónico que desarrollar. Ahora bien, la universalización del fenómeno regio-nacionalista es algo como para no ignorarlo, salvo que se esté dispuestos a pagar las consecuencias de desconocer

la realidad. La historia tarde o temprano siempre pasa factura. A las nacionalidades (regio-nacionalismos) es preciso asignarles un papel en la medida que puedan convertirse en elemento dinamizador y modernizador.

No obstante, desde nuestro punto de vista, tal como se plantean en la actualidad muchos de los regio-nacionalismos o bien son sencillamente anacrónicos -obedecen a planteamientos y reivindicaciones decimonónicas- o bien se trata de reaccionarios movimientos de carácter cuasi tribal, con un elevado grado de agresividad.

Sin embargo, debemos reafirmarnos, no sólo por simple deseo voluntarista sino apoyándonos en la madurez de los tiempos y en una despreciable experiencia histórica, en que este gran proceso unificador, precisamente porque se realizan desde el consenso democrático y no desde la imposición militarista, terminará por convertirse en un mejor y más justo marco de desarrollo, justicia y convivencia al menos escala europea.

Si de lo genérico nos centramos en el campo cultural, entendido el término en sentido amplio (civilización europea), nos encontramos con que ambas propuestas (nacional y nacionalista) parten de reconocer la diversidad. Sin embargo, mientras la primera construye a partir de las homogeneizaciones históricas previas (estado moderno); la nacionalista, por su parte, propone el desmontaje de dichos estados para levantar desde 'abajo' (pueblos) el gran edificio 'natural' de la unión europea.

En cualquier caso, pero máxime en la propuesta nacionalista, todo el mundo parece estar de acuerdo en que la diversidad existente debe ser aceptada y a partir de esa pluralidad cultural construir el complejo edificio de la nueva Europa que debe armonizar la diversidad dentro de la unidad, aunque ésta no deba ser confundida nunca con uniformismo.

Debemos reconocer que si ya de por sí el proceso de unificación, a pesar de ser concebido a largo plazo, es un fenómeno ciertamente complicado, lo es mucho más cuando se parte del respeto escrupuloso a la diversidad, tratando de evitar las dos posibles desviaciones: simple yuxtaposición sin trabazón real interna o, por el contrario, hacer 'tabla rasa' de la diversidad para tratar de desembocar en un proceso de homogeneización uniformadora.

El gran reto, pues, consiste en buscar la fórmula que permita la coexistencia y desarrollo autónomo de las diversas culturas, pero todas ellas integradas dentro del nuevo conjunto. No obstante, hay que ser conscientes que todas las posibilidades de explicitación (desarrollo), incluso de cada parte, ya no se pueden lograr de forma unilateral, sino que la toma de decisiones tendrá que llevarse a cabo dentro del nuevo modelo. Cada pieza de este rico y complejo mosaico, sólo será fructífera y tendrá sentido en la medida en que consiga integrarse dentro del nuevo conjunto. Si se pierde esta visión globalizadora, toda medida unilateral, aunque sea adoptada por una de las partes más fuertes, tendrá una repercusión negativa sobre todo el conjunto al introducir un factor de distorsión, que puede llevar incluso al fracaso del mismo modelo. Aunque sólo fuese por pragmatismo, si no se tiene conciencia plena de esta nueva realidad y que la toma de decisiones tiene que ser conjunta y tendente a amplificar el modelo (europeo), será imposible avanzar, pese a todos los voluntarismos y esfuerzos derrochados.

II LAS EUROPAS POSIBLES.

En estos momentos (1995) bien podríamos decir que estamos aun ante una Europa 'abierta', tanto desde un punto de vista cultural como geográfico; puesto que nos hallamos ante una construcción en marcha, abierta a nuevos horizontes humanos y a nuevas ampliaciones territoriales. Sin fronteras cerradas geográficamente, puesto que de los Seis iniciales (1957) hemos pasado, de momento, a Quince miembros. Pero invertebrada también en otros muchos campos y aspectos. La construcción sigue abierta.

Pero esta Unión Europea, aunque flexible a nuevas incorporaciones, tiene que tener un límite. Una hipotética delimitación debería al menos abarcar geográficamente, desde el Mediterráneo (Sur) al Atlántico (Norte); mayores problemas plantea por el Este este 'continente asimétrico', cuyos límites con respecto a Asia se suelen fijar en los Urales. La "Europa del Atlántico al Ural" (De Gaulle).

Cuestión polémica, aunque no urgente, planteará en su momento los casos de Ucrania, Rusia, Turquía, etc. Sin embargo, lo que no parece

correcto es aceptar "la división de Europa nacida de 1945, que coincide con el límite de expansión del ejército soviético". En definitiva, sólo la futura Europa irá ensanchando sus fronteras de acuerdo con las circunstancias del momento; pero bien entendido que el concepto de 'supernación abierta' necesariamente tiene que llegar, por definición, a su limes en algún momento, salvo diluirse, 'allende las fronteras', en una nueva ola expansionista de imprecisos contornos.

Ahora bien, lo que no debemos olvidar es que en paralelo a las nuevas incorporaciones, ciertamente se produce mayor riqueza cultural, pero también con el aumento de la diversidad crece la complejidad para encajar las piezas de este plural mosaico europeo. El ritmo de incorporaciones será un elemento a tener muy en cuenta, una metodología 'precipitada' puede dar al traste con el proyecto; la segunda cuestión, es establecer con sumo cuidado los límites, sin exclusivismos, pero también sin superar la masa crítica tolerable de diversidad so pena de desembocar en amorfo conglomerado.

III MOTORES Y FRENOS DE LA UNIÓN.

Sin poder detenernos demasiado en los motores de unión -fuerzas centrípetas- conviene recordar que fueron los 'mercaderes' una de las primeras fuerzas de contactos inter-europeo. Hoy las multinacionales europeas en versión actualizada. A renglón seguido tenemos que traer a colación a las universidades y las consiguientes corrientes culturales que ha conformado a estas tierras desde la greco-romana, cristiana medieval, el magnífico movimiento humanista renacentista, las grandes corrientes científicas e 'ilustradoras', etc.

Mientras los militares intentaron una y otra vez, mediante la fuerza, conseguir la unión, la historia se encargó de poner en evidencia que esta vía, aparte de ser un fracaso, dejó tras sí un reguero de destrucción, muerte y desolación.

Entre otras nuevas fuerzas, que han hecho acto de presencia en el panorama europeo en fechas más o menos recientes, tenemos que citar a las ciudades y su nueva cultura (conformada por los medios de comunicación de masas), así como partidos y sindicatos paneuropeos o movimientos ciudadanos del tipo ecologista, pacifis-

tas, etc. que están llamados a jugar un importante papel de carácter centrípeto al lado de los actuales estados-nación.

Mayor dificultad o al menos no tan clara tendencia hacia la 'unidad plural' presenta, o pueden llegar a presentar en el futuro, otra serie de fuerzas o elementos que se mueven en terrenos en muchos casos de clara y/o estudiada ambigüedad. Entre ellas, quisiéramos llamar la atención especialmente sobre ciertas concepciones nacionalistas excluyentes, problemas lingüístico-culturales, dogmatismos de impronta religiosa y particularismos xenófobos.

En cuanto a la primera cuestión, sabemos que existen, al menos, dos formas de entender el concepto nacionalista. Las dos vías que comienzan a cristalizar a partir de comienzos del XIX: la alemana y la mediterránea. La primera exalta el concepto de pueblo como algo esencialista. Una raza, una lengua y una específica cultura inseparable de cada etnia. Concepción dogmática y excluyente. La otra, sin dejar de participar de un cierto esencialismo histórico (misionarismo encomendado a los españoles: defensa de la fe; a los franceses el impulso de una cultura racionalista; la creación de belleza inherente a los italianos, etc), es accidentalista, en cuanto que parte del convencimiento que el progreso es un proceso abierto y universal, por tanto, no ligado y menos exclusivo de una determinada etnia, aun sin dejar de reconocer evidentemente los particularismos y concreciones culturales.

Ciertamente la mayoría de los nuevos regionalismos no han escogido la 'vía germánica', más bien parece que se mueven dentro del concepto mediterráneo; es decir, que no son racistas, aunque habría que reseñar ciertas excepciones. Lo máximo que se declaran es 'etnicistas', lo cual en el fondo no deja de ser o una ambigüedad o disfraz de racismo; en el sentido de que cada pueblo tiene una cultura específica, inseparable de su 'etnia'. Es decir, que su especificidad resultaría intransferible, inasimilable e incluso ni siquiera realmente entendida por alguien exterior a esa etnia. Además que dicha cultura conecta directamente con las tradiciones más ancestrales y prístinas del respectivo pueblo. En suma, muchos 'etnicistas' son simplemente racistas encubiertos o vergonzantes.

La segunda gran cuestión a clarificar sería la lingüístico-cultural; es decir, más allá de un sim-

ple proceso de comprensión literal (traducción), puesto que la lengua puede ser entendida bien como instrumento de comunicación bien como parte esencial de una cultura. En cualquier caso, las lenguas son signos externos de diferenciación y elementos culturales de primer orden, pero con valor muy distinto en cada una de las interpretaciones anteriormente señaladas.

Para los racistas la lengua (materna) es algo 'esencial', puesto que se corresponde intrínsecamente con una determinada raza. Cada raza no hablaría, pues, una lengua indeterminada, sino precisamente la 'suya', en cuanto que es una 'emanación' de su más íntimo yo colectivo. Sólo la lengua materna, precisamente por lo anterior, es el único vehículo de expresión total de un determinado individuo y/o sociedad. Una lengua no propia (no materna) se podrá conocer bien mediante un adiestramiento riguroso, pero nunca llegará a ser algo propio (vital), sino un simple instrumento de comunicación con otras lenguas. Aquí estamos ante un planteamiento esencialista, cerrado e intransferible.

Ahora bien, incluso muchos de los que no aceptan este planteamiento esencialista, termina convirtiendo a la lengua materna en la bandera visible de su especificidad. Siempre partiendo de la diferenciación y confrontación con la lengua dominante (imperial). Aparte de caer en muchos casos en simples infantilismos, como si la lengua dominante (confrontante) fuese algo totalmente artificial y no lengua materna de los supuestos o reales dominadores, que debe ser también cuidada, no simplemente repudiada, y que en definitiva sirve de vehículo de comunicación entre diversos grupos humanos.

Pese a estos problemas y posibles contradicciones, lo que ocurre generalmente es un deseo expreso por parte de la comunidad lingüística 'resistente' a no ser asimilada por la lengua frente a la cual se trata de diferenciar. Hay pues un planteamiento más político que estrictamente lingüístico o cultural.

El problema no es pues en puridad sólo lingüístico, puesto que toda lengua se debe conservar y potenciar, si no esencialmente político. Aquí es donde radica el núcleo de la cuestión. La Unión Europea tiene ante sí un serio reto en este campo. Es ciertamente complicado y hasta costoso la utilización de varias lenguas en la intercomunicación cotidiana. Cada estado-nación quiere, lógica-

mente, conservar la suya y en paridad con las demás, en otro caso caeríamos en discriminaciones, pero ello indudablemente plantea, cuando menos, problemas de carácter práctico.

Problema que se complica aun más ante la pretensión, ya expresada por algunas regio-naciones, de querer elevar su lengua específica a rango oficial dentro de la Unión. La resultante, de aplicarse sin excepciones esta pretensión, sería sencillamente una nueva Babel. Tema para debate de largo alcance, no exento de problemas si no se afronta con flexibilidad e inteligencia. En cualquier caso, lo que si parece que sería enormemente delicado es que se tratasen de forzar la cuestión en una y parcial dirección. Hay problemas que sólo el tiempo resuelve. Este sería uno de ellos. Claro que a las tendencias históricas hay que 'ayudarlas'. ¿Cuál es la dirección correcta?. El problema está ahí, abierto a la discusión convergente.

La religión como elemento de división y confrontación parecía cosa de pasadas cruzadas. La actualidad se ha empeñado en demostrar lo contrario. No se trata sólo de los fundamentalismos islámicos de carácter integrista, sino que la religión se ha convertido también en Europa en bandera de aglutinamiento frente al 'otro'. Ejemplos encontramos en Irlanda del Norte: catolicismo/anglicanismo; Polonia: catolicismo/marxismo, y, sobre todo, en Yugoslavia: católicos/ortodoxos/musulmanes. La religión se ha vuelto a convertir una vez más en elemento de confrontación. Otra cuestión sería el porqué y hasta qué punto es mero instrumento o algo esencial. En cualquier caso, no hay que perder de vista el elemento religioso, sea como instrumento o como fin (fundamentalismo), puesto que vuelve a jugar, al menos en espacios marginales, un papel destacado.

Los regio-nacionalismos lo ha utilizado en casos abusivamente. Sin embargo, no parece hoy elemento decisivo desde una perspectiva general, aunque el ejemplo yugoslavo nos obliga a hacer una negación matizada. La Unión Europea en cualquier caso sería fundamentalmente laica. La separación entre Estado e Iglesias parece cuestión meridiana para la mayoría. Además, en último término, el sustrato es aplastantemente cristiano. Salvo contadísimos grupos regio-nacionalistas no parece en absoluto que la religión se convirtiese, llegado el caso, en manzana de discordia; o sea, de nuevas divisiones y menos aun de las tradicionales guerras religiosas.

El tema tal vez más conflictivo podría ser la dialéctica entre grupos en cuanto al grado de laicidad/religiosidad en un momento en que el conservadurismo de signo tradicionalista parece que vuelven a recuperar terreno e incluso un cierto fundamentalismo intransigente entre sectores marginales.

De nuevo, ciertamente de forma minoritaria y localizada, los particularismos y xenofobias parece que vuelven a hacer acto de presencia, pese a que partimos de una cultura común y con creciente uniformización, resultante de unos medios de comunicación de masas cada vez más activos y penetrantes. Pese a ello, es verdad que podemos seguir encontrando, aunque muchas veces sea para simple consumo turístico, manifestaciones peculiares intracomunitarias. Sin embargo, no debemos olvidar que para la mayoría se trata más bien de elementos folklóricos antes que señas definidoras.

El principio debe ser de respeto mutuo, pero el tema puede saltar a la palestra del debate cuando se planten ayudas o 'fomento' de tal o cual 'tradición', que en su respectivo estado nacional sí la recibían previamente. Es verdad que muchas de las denominadas tradiciones no resisten un análisis temporal mínimo, pero de facto en demasiados casos se han convertido en 'tradiciones rescatadas', al socaire del neo-romanticismo que nos invade.

Toda persona/grupo que se manifiesta de forma distinta en principio nos puede parecer folklórica, típica, etc. Ahora bien, si nos desagrada profundamente y/o pone en peligro otras manifestaciones 'muy nuestras', en ese caso puede hacer acto de presencia el prejuicio, la segregación o incluso el racismo. Tres formas de xenofobia, que suponen el rechazo del 'intruso'.

La xenofobia de unos europeos hacia otros no parece ser importante, aunque puedan quedar algunos rescoldos minoritarios. En este sentido es notable señalar que, tras un pasado histórico de sañudos enfrentamientos y descalificaciones mutuas, posiblemente por la masiva movilidad de poblaciones (trabajo/ turismo), amén de los medios de comunicación de masas, lo cierto es que se ha pasado en muy poco tiempo de ver al vecino de competidor peligroso a desear su asociación. Sin duda, en este sentido, estamos asistiendo a una verdadera revolución histórica, que habrá que analizar y valorar detenidamente.

Intracomunitariamente no parece, pues, que las 'peculiaridades' vayan más allá del campo folklórico y no deberían terminar derivando en xenofobias más o menos declaradas. Ahora bien, veremos qué pasa cuando la competencia, especialmente en épocas de crisis, arrecie: ¿continuará la solidaridad o cada uno insolidariamente intentará volver a las viejas recetas nacionales?. Una cultura equilibrada y abierta será el mejor antídoto.

Para afrontar estos y otros muchos problemas, que sin duda planteará el futuro, es necesario pensar en la formación de nuevas generaciones de europeos, lo que vamos a denominar, un tanto perifrásticamente, 'europae novi cives.'

IV EUROPAE NOVI CIVES.

La Unión Europea es una magna tarea de futuro, comencemos por la base, por los 'europae novi cives'(3)

Jean Monnet, uno de los padres de la Unión Europea, confiesa en sus Memorias que si le fuese dado volver a comenzar variaría la metodología de la integración y en vez de basarla sobre los intereses económicos insistiría especialmente en el factor cultural; es decir, en la creación de un sentimiento común europeo. Si se nos permite la licencia, la creación (modelación) de un nuevo hombre europeo (europae novi cives) como sujeto activo de la virtual nueva patria común.

En esta línea podemos decir que el Tratado de la Unión Europea (Maastricht) es innovador, puesto que fija para la Comunidad una nuevo horizonte, sin menoscabo del mantenimiento de las diversas culturas nacionales, al tratar de fomentar un patrimonio cultural común. Apuesta básica si realmente se quiere llegar a crear un sentimiento y una patria común, partiendo de reconocer la "diversidad de culturas como elemento de unidad."

Y uno de los primeros caminos de actuación es sobre la enseñanza. Una enseñanza de calidad que propicie el conocimiento mutuo (historia), facilite la intercomunicación (lenguas) y potencie el intercambio de conocimientos (investigación) y experiencias (docencia). En esta magna tarea se impone ser rigurosos, partir de la realidad presente tal y como es: Europa no tiene aún conciencia plena de unidad comunitaria; en todo

caso sí conciencia de ser el núcleo común creador de una singular civilización. La hipertrofia de las partes aun impide el funcionamiento del modelo en su conjunto. Es preciso pues poner manos a la obra para crear esa conciencia colectiva comunitaria, esa identidad europea en caso de no existir y/o estar dormida.

Por otro lado, nos encontramos con aquellos que utilizan los mismos argumentos que los esgrimidos -desde regiones centrales- frente a la reestructuración de los estados nacionales, señalando que el "espíritu europeo" es universal, que se ha derramado por casi toda la faz de la tierra y es, por ende, imposible e incluso empobrecedor el tratar de encerrarlo en sí mismo; en una palabra, de ponerle 'puertas al campo', por utilizar una expresión española. Son los viejos argumentos que manipulan de forma ambigua ciertos conceptos o los utilizan como último recurso para mostrar su radical oposición a reestructuraciones del estado (por abajo y/o por arriba) que, por motivaciones diversas, las reputan como erróneas cuando no peligrosas.

En cualquier caso, a nuestro entender, una conciencia europea debería basarse, al menos, en los siguientes principios: racionalidad, justicia, libertad, democracia, pluralidad, tolerancia y solidaridad.

Una Europa a la búsqueda de una nueva identidad tendría que comenzar primero por la revisión de la terminología, puesto que ésta no es inocente en absoluto. A lo largo de estas pocas páginas incluso se puede comprobar los equilibrios terminológicos que es preciso hacer para referirse a aspectos poco precisos. Esta imprecisión terminológica es una prueba más de algo que está en construcción, por lo mismo hay que atender de forma muy cuidadosa.

El idioma es riqueza, pero no cabe duda que tantas lenguas, además de sumar las regionales, hacen francamente difícil la intercomunicación, máxime a escalas populares y cotidianas. Ciertamente están definidas las lenguas de trabajo y, aunque en la praxis se pudiesen reducir considerablemente, queda el problema básico de cada asociado de utilizar su propio idioma nacional. Imposible sería, desde un punto de vista práctico, emplear las innumerables lenguas regionales.

Apoyo y fomento a las diversas lenguas, desde un punto de vista cultural, es fácilmente defendible; cuestión distinta será en el terreno de

la praxis la posibilidad de utilización de forma 'rentable' y no tanto por falta de voluntades políticas como especialmente por dinámicas propias del mercado, medios de comunicación social, etc. También aquí la cuestión está enormemente 'abierto', claro que, en buena medida, con o sin Unión Europea el problema básico subsiste.

Tema complejo y de múltiples imbricaciones. Todo lo que se haga, y es mucho lo que hay que hacer, deberá apuntar hacia un horizonte de mayor conocimiento y comprensión. No se trata ciertamente de reducir, si ello fuese posible, idiomas o lenguas nacionales/regionales, sino de tomar conciencia del problema en sus justos límites y huyendo de encastillamientos regionalistas pretender convertir en oficial la de todas y cada una de las regiones (lingüísticas). El radicalismo únicamente conduciría al confucionismo, bien alejado de la cultura de tolerancia y comprensión que se pretender llevar a la praxis. Bien entendido, que la cultura del 'consenso lingüístico' debe ser pluridireccional. La solución, aparte de la actitud, posiblemente resida en no absolutizar y situar a cada copartícipe en su propio plano y dimensión real.

Si la lengua permite comunicarse, el primer objetivo a conseguir debe ser conocernos en profundidad. Ese conocimiento mutuo debe ser buscado -aparte de otros caminos- a través de la historia. Sin falseamientos, pero no excluyendo en adelante la mirada desde nuestra chovinista perspectiva nacional; por el contrario, más bien tratar de descubrir aquellos elementos que han unido a todos los europeos por encima de las múltiples discrepancias históricas. Una historia de los europeos más que de las naciones europeas. Una historia del conjunto que trate de descubrir aquello más profundo y querido de los europeos, partiendo de la especificidad de cada nación y sus respectivas regiones. Una historia donde toda guerra se vea como un detestable recurso a la violencia y las guerras europeas en concreto como civiles. Una historia que describa a cada uno con sus virtudes y defectos, que descubra las raíces de los conflictos y nos enseñe que el diálogo es el mejor instrumento para resolver los problemas planteados.

En el campo del intercambio de conocimientos sería simplemente ingenuo y tedioso tratar de hacer un listado, por muy somero que fuese, acerca de las innumerables posibilidades

que se abren de enriquecimiento mutuo. Muchos son los programas que están ya en marcha con este fin. Muchísimo más lo que queda por hacer. El intercambio de universitarios e investigadores el primer e imprescindible paso para un desarrollo común.

Si en este campo los sujetos culturales/intelectuales pueden ser de lo más diversos (universidades y centros de enseñanza en general; creadores y artistas variados; medios de comunicación; animadores culturales, y un largo etcétera) lo importante es no olvidar que es a través de ellos cómo va a cristalizar una nueva cultura, amén de ser los moldeadores del nuevo hombre europeo. En definitiva, la cultura del esfuerzo coordinado y el intercambio solidario como sólida roca sobre la cual levantar los cimientos de la Unión Europea.

No deberíamos olvidar a la hora de tratar de afrontar las múltiples dificultades que sin duda surgirán, para evitar caer en impacencias frustrantes, que estamos posiblemente ante uno de los retos más ambiciosos de toda la historia, tanto por las metas planteadas, por el número de personas implicadas, como por los métodos empleados, basados en la cooperación y la solidaridad.

V ALGUNAS CUESTIONES A DEBATIR.

- 1 La primera cuestión que convendría recordar es que estamos posiblemente ante una de las empresas más ambiciosas planteadas hasta el presente, tanto por sus dimensiones como por el novedoso camino elegido. Por primera vez no se recurre a la fuerza militar para tratar de imponerse al vecino. La deseable consolidación de la Unión Europea no sólo representaría así la cristalización de una magna empresa; supondría también, lo que sería posiblemente más importante para el futuro de la humanidad en su conjunto, la sanción de una cultura de convivencia y colaboración entre diversos grupos humanos.
- 2 Dadas las dimensiones de la empresa y las innumerables dificultades a superar, los peores enemigos serían las prisas y/o el intento de imposición de alguna de las partes al conjunto. El ritmo y la metodo-

logía se convierten así en ejes centrales del proceso. Si de lo que se trata es de una nueva empresa construida a partir de la libertad de sus miembros, que son diversos y que quieren seguir conservando sus peculiaridades, toda impaciencia y/o intento de imposiciones parciales no sólo romperían la originalidad del instrumento (diálogo y convencimiento) si no que iría en contra de la misma filosofía del proceso: unión voluntaria, armónica y solidaria.

- 3 Los sujetos constructores (centrípetos) parecen ser más fuertes y más activos que los deconstructores (centrífugos). Sin embargo, no conviene olvidar que generalmente se trata de sujetos con objetivos limitados. La Unión Europea necesita de todos ellos, pero en la medida que sean capaces de sentirse partes de un todo y no monopolizadores o sustitutos del resto. La dialéctica de la confrontación, en el mejor de los casos, lo que haría sería retrasar el proceso y hasta someterlo a una ralentización agónica. Dentro de todos estos sujetos constructores, tanto la enseñanza -especialmente las universidades- como los medios de comunicación de masas están llamados a jugar un papel decisivo.
 - 4 En un mundo donde el vendaval nacionalista parece interpenetrarlo casi todo, es posible que su fuerza este sobrevalorada coyunturalmente; no obstante, puesto que supone el aporte de puntos de vista tan generalizados y con tal capacidad de arrastre, debe ser incorporado en la medida que pueda contribuir al proceso centrípeto. Lo que sí parece claro es que la balcanización o si se prefiere la libanización sería el peor camino que se podría seguir como vía de unión y/o modernización.
- Europa, la vieja Europa de los mil pueblos, tampoco se ve libre de la sacudida nacionalista. Incluso con brutalidad en algunos casos, especialmente en aquellos países sometidos previamente a un rígido internacionalismo centralista (comunismo). Sería poco pragmático y contrario a la filosofía misma de la

Unión Europea prescindir de esa fuerza. Ahora bien, su desbordamiento (triumfo generalizado de los regio-nacionalismos), al menos de momento, sumiría a Europa en una peligrosa ola de inestabilidad, cuyas imprevisibles consecuencias podrían ser trágicas incluso desde enfoques universales.

- 5 El contradictorio momento que vive Europa, por un lado, la llevan a verse sometida a duras presiones 'infranacionalistas' de signo divisivo (nacionalismos); por otro, hacia el voluntarista acto de supranacionalidad (Unión Europea). ¿Son realmente dos fuerzas de signo contrario o, más bien, se trata de fases y vías distintas?, ¿por dónde nos encaminaremos los europeos?, ¿a qué precio?. La cultura anti-dogmática del diálogo, el pacto y la solidaridad debe jugar una baza decisiva.
- 6 Los viejos estados-nación que trajeron la modernidad frente a un mundo feudo-señorial, parecen ser los grandes sacrificados, sea por absolescencia o simplemente como chivos expiatorios ante el gran altar del presente desconcierto ideológico, crisis económica, desvertebración social y desvirtuación de la política. ¿Serán los nacionalismos de nuevo cuño capaces de superar a las viejas naciones, elegirán la vía de la supranacionalidad o bien volverán la vista a anacrónicos y excluyentes particularismos?
- 7 La nueva Europa Unida, ¿será un elemento de equilibrio solidario o se convertirá en un reducto de insolidario bienestar frente al tercer y cuarto mundo?. Esta es la gran cuestión cara al futuro: una Europa factor de progreso y estabilidad general o una Europa, bien por desestabilización interna bien por egoísmo, insolidaria y agresiva con el resto de las naciones. De ahí, lo que se está fraguando en Europa no sea ajeno absolutamente a nadie, comenzando por los mismos europeos.
- 8 La Unión Europea será una realidad en la medida que sea capaz de entusiasmar y de hacer cristalizar un nuevo hombre europeo (*europae novis cives*), el cual,

entre otros valores, debe respetar y fomentar el pluralismo, libertad, justicia, democracia, racionalidad, laicidad, creatividad y solidaridad. Si esto se consigue, Europa y el resto de la comunidad internacional habrán dado un no pequeño paso adelante; en otro caso, o bien la frustración y/o el egoísmo se habrán impuesto una vez más, pero con consecuencias realmente imprevisibles.

- 9 El catastrofismo de tipo milenarista, por boca de algunos de sus visionarios, nos auguran estar en la antesala de terroríficos choques entre civilizaciones en un futuro no lejano. Sin embargo, ni Europa representa a toda la civilización occidental, ni Europa se está preparando para esa futura-próxima gran batalla entre fundamentalismos religioso-culturales. El papel de Europa en cualquier caso debe ser precisamente combatir todo tipo de dogmatismos y convertir al espacio europeo en un lugar de encuentro y debate plural.
- 10 Así como los medios de comunicación de masas (formación de opinión pública) y la universidad (enseñanza) tienen papeles muy claros en la creación y concreción de una conciencia común europea y en la formación del nuevo ciudadano europeo, sería conveniente precisar en qué medida también la historia -ciencia de tan complejas consecuencias- podría contribuir, desde un escrupuloso respeto a la verdad, a esta magna tarea de lograr, a partir de la diversidad cultural e histórica, una unidad europea realmente enriquecedora desde planteamientos globales.

En conclusión, la Europa 'futuriza' (con perspectiva de futuro), tiene que partir de lo particular, pero no caer en particularismos disgregadores; cada parte debe incardinarse en el conjunto, además con la conciencia que la nueva dimensión -integración Europea- si brinda ciertamente unos horizontes mucho más amplios, también no lo es menos que exige renunciaciones indudables; puesto que toda elección conlleva prescindir de otras potencialidades. La unidad plural no es un simple sumando de partes inmutables.

Una de las características fundamentales de la cultura europea ha sido un individualismo de tipo creativo y competitivo. Afán de superación y desbordamiento (expansión) como motor de nuestra historia. Cooperación, integración y solidaridad se deben sumar a los atributos esenciales del nuevo ciudadano europeo (*Europae novi cives*).

Pero toda cultura, por muy creativa e ingeniosa que sea, tiene que someterse ineludiblemente a unos mecanismos de intercambio (mercado). Sin industria/comercio no es posible un desarrollo cultural. Y mucho menos tratándose de una cultura de masas. Esta tiene ante sí un nuevo e importantísimo reto, la dependencia de las autopistas de la información a través de las cuales va a transitar en un futuro próximo gran parte de nuestro intercambio cultural. El control de éstas es pues decisivo, si queremos contar con una cultura propia e independiente. ¿Las fórmulas para conseguir este objetivo? A los técnicos corresponde hallar la solución más viable, pero en cualquier caso, desde nuestro punto de vista, no podemos someternos de forma librecambista a las simples leyes del mercado. En otro caso, sin querer pecar de apocalípti-

cos, la cultura europea muy probablemente sería postergada y adulterada. El equilibrio entre un intervencionismo público imprescindible y el libre juego de las fuerzas del mercado puede ser la fórmula a conjugar en este difícil equilibrio de supervivencia e independencia.

La Unión Europea es una de las pocas grandes utopías del II Milenio que merece ser heredada y realizada por el III Milenio. Entre el Eurooptimismo y el Europesimismo se encuentra el camino para la plasmación de la utopía.

NOTAS

(1) Para un correcto encuadramiento y una visión más global de este tema puede consultarse Celso Almuíña: "Nacionalismo e Identidad Europea" incluido en el libro, *Europa, hoy*, (Palacio Atard, Almuíña, Enciso, Velarde, de Diego), Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1994 pp. 77-145.

(2) El término 'Nacionalismo' se utiliza aquí en sentido orteguiano (sepatatismo); es decir, como enfermedad particularista, ('-ismo') del sano concepto de Nación y/o Región.

Frente a una visión excluyente y reduccionista, el antídoto debe consistir en ofrecer un horizonte mucho más vasto, la supranacionalidad europea. Esto es, una 'adaptación' del célebre desideratum orteguiano: "El problema es España, la solución Europa". José Ortega y Gasset: *España invertebrada*, Madrid, 1922.

(3) Parafraseando la célebre frase atribuida a Massimo d'Azeglio, tras conseguir la unidad territorial: "Italia está hecha, ahora sólo falta hacer a los italianos"

